

El paro juvenil



José Félix Tezanos
Director de *Temas*

La Encuesta de Población Activa del INE del primer trimestre de 2011 refleja una imagen sobre el paro juvenil francamente preocupante. En total, el paro juvenil ha alcanzado una proporción del 45,4%, veinticuatro puntos más que el promedio nacional (21,3%), que también está entre los más altos de los países de nuestro entorno.

Cuando se analizan los datos con detalle, la situación resulta más alarmante. En concreto, el paro juvenil entre los varones es aún más abultado (47,3%) y en algunas Comunidades Autónomas es superior a la mitad de la población, como en Andalucía (53%), la Comunidad Valenciana (50,9%) y Extremadura (50,2%).

En su conjunto, el desempleo en España presenta un perfil bastante juvenil, hasta el punto que, del total de los casi cinco millones de parados, el 48,4% son menores de 35 años. A lo cual se unen otros factores de precariedad laboral. Por ejemplo, entre los jóvenes menores de 35 años que tienen empleo, más de un millón (1.025.600) tienen contratos temporales, algo más de novecientos mil están subempleados y casi un millón trescientos de los menores de 30 años tienen contratos temporales.

Es decir, los jóvenes que tienen un empleo razonablemente digno y estable son una minoría.

Generaciones perdidas

Entre los jóvenes parados que buscan empleo casi hay un millón que llevan más de un año intentándolo, de los cuales trescientos noventa mil llevan más de dos años en esa tesitura y trescientos veinticinco mil aún están a la espera de encontrar un primer trabajo en su vida.

Estos datos nos emplazan ante la realidad de unas generaciones que están sufriendo uno de los más agudos problemas de exclusión laboral que se han conocido en la historia reciente. Lo cual les está convirtiendo en auténticas "generaciones perdidas".

La frustración de perspectivas vitales que sienten ac-

tualmente muchos jóvenes forma parte de una problemática sociológica y política que no está siendo entendida en todo su alcance, ni en todo su potencial inflamable, por la mayor parte de los líderes del *stablishment*. La investigación que estamos desarrollando desde hace varios años en el GETS, y cuyos resultados han sido recogidos hasta la fecha en cuatro libros, indican que la tendencia de exclusión social y laboral de los jóvenes está convirtiéndose en uno de los principales problemas de esta primera parte del siglo XXI.



C. BARRIOS

Mientras no se pongan en marcha estrategias económicas y sociales adecuadas para salir de la crisis, lo más verosímil es que continúe acentuándose la precariedad laboral y la segmentación de nuestras sociedades en torno a grupos de edad. Algunas de las iniciativas que se están explorando para buscar vías de mayor "empleabilidad" para los jóvenes —como se nos dice— están deteriorando en mayor grado su situación económica y laboral. En algunos casos, bajo pretexto de "optimizar su empleabilidad", a los jóvenes se les está pidiendo que se muestren dispuestos a aceptar cualquier tipo de trabajo, en cualquier lugar y bajo cualquier condición.

La "becarización" es un caso extremo en el proceso de deterioro laboral de nuestras sociedades. A los jóvenes se

les anima a aceptar el estatus de becario, "para que puedan ir acumulando experiencia y currículum". Pero, en realidad, la mayor parte de las situaciones de "becarización" son una falsificación descarada de las condiciones de los mercados de trabajo y una coartada para que empresas poco escrupulosas —algunas de ellas multinacionales con grandes beneficios— se aprovechen del trabajo de bastantes jóvenes altamente cualificados a los que se "contrata" bajo condiciones propias de las primeras etapas de sociedades industriales: sin contratos formales, sin seguridad social, sin vacaciones pagadas, sin apenas ingresos, sin garantías y, en ocasiones, casi sin límite de horario.

La crisis del contrato social

Mucho de lo que está ocurriendo cuestiona buena parte de las conquistas del Estado Social de Derecho, y casi del sentido común —o de la inteligencia económica—, de aquellos empresarios, como Ford, que entendieron en su día que lo importante no era sólo producir eficientemente bienes y productos sofisticados, sino también pagar lo suficiente a sus empleados, como para que ellos mismos pudieran adquirir los productos que se fabricaban. Por no mencionar los efectos beneficiosos que tal proceder inteligente genera en la paz social y la estabilidad política, con el consiguiente ahorro de los costes indirectos que acarrearán las situaciones inestables y turbulentas.

La exclusión laboral y económica que sufre buena parte de la juventud actual puede conducir a situaciones peligrosas e inflamables.

Por eso, hay que entender que sociedades en las que más de dos tercios de los jóvenes tienen una posición económica deteriorada, bien por estar en paro o por encontrarse en situaciones laborales precarias, son sociedades que están enterrando su futuro. No sólo su futuro como estructuras económicamente dinámicas, con un número creciente de consumidores solventes, generación a generación, sino también, y básicamente, su futuro humano y social.

El problema más grave es que muchos jóvenes están perdiendo las esperanzas en el futuro, mientras contemplan como sus calendarios vitales se ven alterados y se produce una cronificación de la condición juvenil, más allá de los 30 años. Por eso, entre los jóvenes empieza a

cundir la sensación de que se está quebrando el contrato social básico, y que, aunque ellos cumplan con la sociedad en la que han nacido (estudiando, esforzándose y preparándose para poder desempeñar una función social útil), la sociedad como tal no está cumpliendo con ellos (quiebra del sentido de reciprocidad) y a buena parte les está dejando tirados en la cuneta, a la espera de unos tiempos futuros de recuperación económica y laboral que, si llegan, lo harán a un ritmo tan lento —como sostienen los expertos— que no se sabe cuando les tocará a algunos jóvenes de hoy tener un empleo mínimamente digno y seguro. ¿A los cuarenta años? ¿A los cincuenta?

Falta de realismo

Cuando se escuchan algunos discursos políticos y algunos análisis económicos pretendidamente "realistas" (¿qué entenderán algunos por "realista"?), se tiene la sospecha de que una parte muy sustancial de la realidad social y humana se está dejando fuera de los análisis. ¿Van a quedarse los jóvenes excluidos cruzados de brazos y resignados ante el negro futuro que se les ofrece? ¿Cómo es posible que algunos no entiendan que estamos ante una situación inflamable que no se sabe cómo podrá evolucionar si se enciende una chispa? ¿Quién o qué podrá ofrecer alguna esperanza en el futuro a muchos de los jóvenes que no logran entender lo que les está pasando y que, a veces, ni siquiera quieren ponerse a pensar en su porvenir?

Cuando casi un millón y medio de jóvenes españoles se encuentran en ese extraño espacio social formado por los que ni estudian ni trabajan (947.400 de ellos con edades comprendidas entre los 25 y los 35 años), nadie debiera pensar que estamos sólo ante un problema derivado de la actual coyuntura económica. No es sólo un problema coyuntural, aunque la mala coyuntura económica lo agrava y lo explicita en mayor grado. Es un problema de fondo que se conecta con la forma en la que actualmente se organizan las actividades económicas, al nivel del desarrollo tecnológico alcanzado y en el marco del modelo imperante de competencia global, con su colorario de desigualdades e inseguridades.

En algún momento nuestras sociedades tendrán que empezar a hacer frente a estas derivas corrosivas, planteando los nuevos acuerdos sociales que se necesitan para aprovechar de forma más eficiente, equilibrada y equitativa las grandes potencialidades que tenemos hoy en día al alcance de nuestras manos. **TEMAS**